

El trabajo intelectual: ¿entre la modernización y la identidad?

Eduardo Devés
Universidad de Talca

La pregunta por el papel de los intelectuales chilenos puede ser respondida, desde la perspectiva de quien trabaja en historia del pensamiento, diciendo que ellos se han movido en búsqueda de la identidad y la modernización. En otras palabras: que el *leit motif* de su trabajo intelectual ha sido la mayor o menor acentuación de uno u otro de estos elementos o la búsqueda de alguna suerte de armonía entre ambos.

A nivel latinoamericano, son Domingo Faustino Sarmiento y José Martí quienes alcanzan los modelos clásicos de pensamiento que formulan lo modernizador y lo identitario respectivamente. Un poco antes de ellos, y sobre todo después, se han sucedido los énfasis en cada uno de estos dos proyectos. Chile no ha estado al margen de esta dinámica.

Diversas oleadas, desde el siglo diecinueve, en nuestro país han destacado lo modernizador en ciertos momentos y la búsqueda de identidad en otros. También se ha buscado la articulación de ambas dimensiones.

Hacia 1850, teniendo como expresión máxima las obras *Facundo* y *Las Bases* de los argentinos residentes en Chile, Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, se desarrolla la importante oleada moder-

nizadora que tendrá como resultado más visible las obras del gobierno de Manuel Montt: ferrocarriles, telégrafos, barcos a vapor, obras públicas, educación, inmigración. En esta línea pueden ubicarse algunas obras de José Victorino Lastarria, Santiago Arcos y Benjamín Vicuña Mackenna.

Hacia 1865 madura una tendencia que pone énfasis en lo americano. Son los años en que florecen los congresos americanos y donde esta tendencia se intensifica tanto por la invasión de Maximiliano como por el bombardeo español. Bilbao publica *El Evangelio Americano* y *La América en Peligro*.

Hacia fines de los ochenta, luego de la Guerra del Pacífico y de la conquista de los territorios salitreros, madura otra onda modernizadora. Esta se articula con la laicización del país, con el fuerte desarrollo de las obras públicas y sobre todo del ferrocarril, con la traida de profesores alemanes para el Instituto Pedagógico, y de instructores de esa misma nacionalidad para modernizar el Ejército. Expresión de todo esto son las obras de Valentin Letelier, muestras de un positivismo ya decantado.

Hacia el centenario cristaliza nuevamente la búsqueda de identidad, que se expresa en la pregunta por el ser del país, qué es lo chileno. Tal como las oleadas anteriores, ésta igualmente se articula

latinoamericanamente con las tendencias sobre la argentinidad de Ricardo Rojas, la raza cósmica de José Vasconcelos, el arielismo de Rodó, etc. Esta oleada se expresa en el desarrollo de un cierto nacionalismo, que pregonan Francisco Encina, Nicolás Palacios, Alberto Edwards; en la preocupación por la raza chilena que se percibe en el mismo Palacios; en la búsqueda de la manera como viven las mayorías nacionales que investigan Alejandro Venegas, Tancredo Pinochet o el propio Luis Emilio Recabarren. Por cierto, todo este énfasis en descubrir y comprender el país no significa que no existan simultáneamente tendencias modernizadoras, como el afán de desarrollar la educación técnica, perceptibles claramente en Francisco Encina.

En los años veinte se produce un nuevo ascenso de lo modernizador, como correlato del fuerte ascenso de las clases medias. Ello se materializa en cambios políticos y jurídicos importantes, así como en el énfasis por las obras públicas. Sin embargo, este proceso político no tuvo una expresión igualmente significativa en las ideas. Más aún, lo modernizador, en estos años, es opacado por el surgimiento harto fuerte de una búsqueda de la identidad nacional. Autores destacados en esta línea son Alberto Cabero, con su *Chile y los chilenos*, así como Alberto Edwards o Domingo Melfi. Es la época en que florece el criollismo como un afán de recuperar la cultura agraria nacional.

En los años cuarenta como en los cincuenta, lo modernizador va a tener una relevancia mucho mayor. La creación de la Corfo y la formulación de una política industrializadora va a contar con el desarrollo de un pensamiento correlativo. Especialmente durante la segunda parte del período, esto va a articularse a nivel latinoamericano con el cepalismo y con el pensamiento de su líder, el argentino Raúl Prebisch. En nuestro país, son productores de un pensamiento fuertemente modernizador, por esos años, Juan Gómez Millas, Aníbal Pinto, Jorge Ahumada.

Con el avance de los años cincuenta y durante los sesenta, va a irse debilitando y criticando lo modernizador, para aparecer un énfasis en lo popular y lo campesino. Se va a criticar lo burgués, lo industrial, lo importado, y va a surgir un nuevo acento en la reivindicación de lo vernacular, con

un romanticismo que quiso destacar a Violeta Parra y Pablo Neruda. Lo modernizador no desaparece, pero se presenta mitigado en su vertiente social, con menos acento en lo tecnológico. Las ciencias sociales y las humanidades florecen.

En los ochenta madura una nueva onda modernizadora. Esta inhibe lo social, lo popular, la búsqueda de lo propio que se había exaltado en los sesenta y en parte de los setenta. Incluso lo "nacionalista", que se había puesto de relieve en los primeros años del gobierno autoritario, pierde importancia. Se plantea, en cambio, el objetivo de las "siete modernizaciones"; se destaca con mucha fuerza lo tecnológico y lo tecnocrático, la internacionalización, el ejemplo de algunos países asiáticos líderes en crecimiento económico. Las ideas neoliberales expresadas y matizadas por un grupo de ensayistas y académicos chilenos animan este proyecto. La renovación al interior de la izquierda se acerca a este mismo tipo de proyecto modernizador, aunque con algunas diferencias.

Por cierto, este vaivén entre identidad y modernización es de acentuaciones, no de exclusiones radicales. Existe permanentemente un afán por armonizar lo modernizador con las características propias del país. Ello puede percibirse en Sarmiento, Encina o Aníbal Pinto.

La acentuación de lo modernizador o la búsqueda de lo propio puede verse desde dos ópticas. La primera es mirar lo modernizador como el afán por transformar y lo identitario como el afán por conocer. La segunda óptica es mirar la modernización como el deseo de copiar lo extranjero y la identidad como el deseo de resaltar lo propio. En todo caso, no se trata de identificar a una u otra dimensión con el bien o con el mal.

Es importante señalar cómo la pregunta por lo modernizador y lo identitario permiten periodizar la evolución del pensamiento chileno desde sí mismo y desde América Latina, sin cerrarse a considerar la dinámica de las influencias externas.

Es interesante, por último, volver a destacar cómo los intelectuales chilenos han buscado alternativamente modernización e identidad, así como han querido lograr armonías entre ambas dimensiones. Por cierto, no siempre lo han logrado de buena manera.